

¿Autobiografía o ficción?

María Antonia Alvarez Calleja

La novela autobiográfica es uno de los géneros más característicos de nuestra época y cuenta con un gran número de lectores. Es tan artística como el cuento o la novela corta, que normalmente obedecen a unos cánones poéticos mejor que la novela realista, y persigue el mismo efecto que la ficción, pero no puede usar plenamente los recursos básicos de la literatura imaginativa si no quiere dejar de pertenecer al género autobiográfico: conserva deliberadamente los hechos reales de la vida del escritor en el desarrollo del argumento, detrás de la historia, para mostrar las posibilidades imaginativas inherentes en estos hechos y presentar su vida como una fábula; esto es, cuenta su propia historia, en vez de una historia imaginada.

Los escritores que han elegido este tipo de narrativa, como Frank Conroy, Alred Kazin, Norman Mailer o Mary Mc Carthy, han encontrado en la forma autobiográfica su modo de expresión más cercano a los efectos que persiguen: captar la poesía de sus recuerdos, la intensidad de sus luchas personales, de sus pasiones, de su amor a la vida y, principalmente, la búsqueda del yo de su niñez y adolescencia. Como lo define Kazin:

...es esta relación con el yo como personaje, como organismo, lo que hace de la autobiografía una especie de narrativa conmovedora, tangible y capaz de hacernos vibrar.¹

En una sociedad en la que se han perdido tantos de los valores que la venían caracterizando, la autobiografía puede ser la forma literaria que los conserve vivos, pues el individuo sigue siendo real aunque la cultura que le rodea no lo sea. Y el yo ideal para este propósito es el de la niñez, que cada día resulta más atractivo, quizá por la preocupación que todos sentimos hacia nuestra propia vida —nada tiene mayor intensidad e interés para una persona que conocer su experiencia personal— que es también una característica de nuestra cultura.

La fascinación por la niñez como tema de la narrativa contemporánea, según Kazin,² se deriva del placer estético que encuentra el escritor en sustituir la lengua de la conciencia adulta por la del niño, que aún está sin acabar de formular, y es la lengua la que puede trasladarnos más fácilmente a nuestro pasado, ayudándonos a profundizar en él y a recuperarlo. Esta atracción por la niñez aparece en el siglo XIX, impulsada por el Romanticismo, como réplica al interés que el siglo XVIII sentía por la edad adulta. Rousseau preconizaba el mundo de la bondad natural del niño, como el ser más cercano a la Naturaleza, frente al poder destructivo de la civilización. Consideraba la niñez la

(1) Alfred KAZIN, "Autobiography as Narrative". *Michigan Quarterly Review*, III, 4 (Fall, 1984), p. 212.

(2) *Ibid*, p. 214.

época más feliz de la vida y su doctrina fomentó la nostalgia de los adultos por la desaparición de ese tiempo feliz. Según él, no era posible imaginar una entrada mejor en la vida que la niñez, crucial por otro lado para el desarrollo posterior de la vida.

Si el concepto de la niñez, tal como lo comprendemos hoy, fue inventado en el siglo XIX, quizá sea también una reacción contra el concepto mantenido hasta el siglo anterior, de fascinación por la madurez. Interesaba tanto el desarrollo del adulto, que muchas autobiografías pasaban por alto la niñez, condensando sus primeros años en unas cuantas anécdotas susceptibles de interpretación moral. Los autobiógrafos del siglo XVIII presentan tan sólo una vaga realidad de la niñez, derivada aparentemente de la novela de tipo moralista o de otras fuentes literarias. El único motivo de la niñez es anunciar la madurez y ésta atrae el interés del lector por lo que consigue llevar a cabo: Franklin espera captar al lector con su historia porque conoce todo lo que ha conseguido por su propio esfuerzo. Estos autobiógrafos se ven principalmente como seres sociales que cuentan su experiencia personal y describen su personalidad. A pesar de las responsabilidades sociales, para el hombre del XVIII la época adulta significa libertad y oportunidad de poder expresarse, mientras que para la mujer implica de algún modo la pérdida del yo. En contraste con los hombres, las mujeres miran con nostalgia la libertad que disfrutaron durante la niñez y la juventud, para encontrarse después totalmente sometidas al esposo. Por ello se diferencian las autobiografías femeninas por la importancia que conceden a la niñez, que supuso para ellas un período lleno de satisfacciones personales.

En el siglo XX, por el contrario, el mito del yo se centra en la adolescencia, por considerarla libre de las presiones que ejerce la sociedad. Es muy corriente que termine la autobiografía cuando se llega al fin de la juventud, queriendo ello significar que ya han ocurrido todos los acontecimientos de esa vida, y un brillante ejemplo de ello es *Stop-time*,³ de Frank Conroy y *A Walker in the City*,⁴ de Alfred Kazin, que recrean ese extraño pasado de su niñez y adolescencia en la ciudad de Nueva York.

No obstante, el yo que verdaderamente fascina a Conroy es el niño que monta su bicicleta y aprende a bailar el yo-yo en Florida, esa ciudad fantasmal de los años treinta:

No era la ambición lo que movía, sino la propia naturaleza del baile del yo-yo, que significaba mi primer intento organizado de controlar el mundo exterior. (pp. 111-12).

Para Kazin, cada vez que vuelve a Bronsville, ya adulto, "es como si nunca lo hubiera abandonado". (p.5) La idea que sigue obsesionándole, y que supone el principal objetivo de su intento de volver al pasado por medio de las páginas autobiográficas, es que "cuando yo era un niño, pensaba que vivía al final del mundo" (p.8). No aceptaba que sus padres vivieran en un barrio totalmente separado del resto de América y decidió elegir otro lugar donde pudiera asimilarse plenamente a su país y a su forma de vida, dejar de ser un judío ruso expatriado y convertirse en americano.

(3) Frank CONROY, *Stop-time*. New York: Viking Press, 1987.

(4) Alfred KAZIN, *A Walker in the City*. New York: Harcourt Brace Jovanovich, Inc, 1951.

La preocupación por la adolescencia en nuestro siglo supone una reconciliación entre el XVIII y el XIX. La idealización del adolescente puede ser una reacción contra el adulto, una idealización del rebelde, quizá porque el adolescente no está influenciado por la sociedad establecida. Kazin adolescente es un rebelde contra el pasado de sus padres y su propia vida en el barrio judío; critica lo que hace su familia y se rebela contra el concepto de vivir en América sin ser realmente un americano, a pesar de que, como hijo dócil, haga exclusivamente lo que sus padres esperan de él. Pero el verdadero rebelde es Conroy, quien huye de su casa cuando se le hace insoportable, y éste es el contraste principal entre las dos obras: la respuesta de los dos héroes al entorno hostil, la diferente rebelión del adolescente.

En el siglo XX, las fuerzas sociales se han ido haciendo cada vez más fuertes y las naciones más poderosas, tratando de destruir el individualismo y empujarnos al individuo. En este sistema que trata de alienarnos, el adolescente tiene que rebelarse, principalmente los que pertenecen a un grupo étnico minoritario o a una familia que se aparta de los cánones característicos de la sociedad, ya que en ambos casos se sienten oprimidos.

De todas formas, algo ha ocurrido en la literatura: o los autobiógrafos han cambiado sus intenciones y objetivos por los de los novelistas o éstos, viendo la popularidad y vitalidad de la autobiografía, se interesan cada día más por la historia personal. Ambas formas tratan de desorientar al lector, quien se aferra a la distinción convencional entre la historia y la ficción, asegurando que la identidad personal sigue siendo el punto principal de la autobiografía. La nueva narrativa desafía no sólo la posibilidad de la prosa verificable, sino también la simple persistencia de un yo coherente.

Si la autobiografía trata exclusivamente de narrar la vida del autor de forma lineal, el nuevo género autobiográfico se ha convertido en una forma nueva: una novela escrita en tiempo presente cuyo tema es la vida del escritor en el pasado. Alfred Kazin, reconocido como un consumado autobiógrafo en *A Walker in the City*, cree que la narrativa personal no tiene otro propósito que contar una historia, crear el efecto de una historia que tenga como mérito principal el grado artístico de la narrativa, que parece ser sinónimo de ficción. En vez de ofrecer una narrativa personal de su propia vida, la suya es una manera diferente de contar la historia, o incluso cuenta otra clase de historia, utilizando los hechos como estrategia. La principal intención sigue siendo autobiográfica, aunque la forma sea diferente: trata de recuperar cualquier huella de su yo real o histórico para completar su vida, al igual que hace Frank Conroy.

No obstante, si los libros de Kazin y Conroy ofrecen similitud en varios puntos — para ambos sus autobiografías tratan de autenticar su identidad madura, acercando al escritor el pasado familiar— el yo que buscan es diferente. En *A Walker in the City*, Kazin rechaza su pasado cultural, considera imposible que le acepten en el mundo que queda fuera del barrio al que pertenece su grupo étnico e intenta penetrar en el mundo exterior a través de la literatura. En *Stop-time*, Conroy quiere destruir su pasado, haciendo desaparecer la conciencia que lo preserva (de ahí la razón de sus intentos de suicidio), pero va cambiando poco a poco su mentalidad al dejar de ser ambiguos los acontecimientos de su niñez y adolescencia:

“He ganado. Lo he conseguido. Estoy empezando una nueva vida”. Mi aceptación en la Universidad significaba que podía destruir mi pasado, un pasado que no comprendía, un pasado que temía y un pasado al que siempre había pensado que tendría que permanecer encadenado. (p.278).

Si Kazin deseaba esclarecer algunas dudas sobre su yo del pasado y su yo presente, conociendo la naturaleza real de la fascinación que sentía el niño por la historia americana y cómo buscaba identificarse con su país, Conroy lo que trata es de clarificar sus impulsos contradictorios dirigidos a destruir su conciencia (conduciendo a toda velocidad su Jaguar), o a ordenar la experiencia de acuerdo con su capacidad perfeccionista. En ambos libros, los problemas del escritor adulto no se solucionan en la narración, sino que el simple hecho de escribir esa narración es lo que ayuda a resolverlos, pues es el escritor el que establece la conexión entre el yo primero, ya perdido, y el otro yo adulto. A *Walker in the City* ofrece la respuesta del hombre que, aunque pertenece a un grupo minoritario étnico, quiere convertirse en un auténtico americano, y *Stop-time* permite al protagonista experimentar lo que Conroy experimentó al completar el libro: parar el tiempo, aceptar su pasado sin volver a sentir miedo a la locura que tantos de sus familiares padecieron.

Tanto Alfred Kazin como Frank Conroy cuentan sus memorias de niñez y adolescencia utilizando las técnicas de la ficción; ambos reinventan su pasado apropiándose de esas técnicas, explotándolas. Los dos libros pueden leerse como la típica historia corta acerca de un joven y son un ejemplo claro de la autobiografía como ficción.